

Perú, tierra de nadie

Pedro Jesús Mariscal Lorente

Estudiante de Económicas.

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

Cuando llegué este verano a Perú, mi corazón latía entre la alegría propia de un niño pequeño que acaba de recibir un regalo y la tristeza de ver sufrir a alguien al que amas. Fue un mes de duro trabajo, de humilde servicio; de jugar con niños huérfanos, de conversar con ancianos abandonados, de comunicar el voluntariado social a los jóvenes universitarios, de convivir con unos héroes, unos santos, como son el padre Lino y el resto de padres Capuchinos que me acogieron en su hogar. Tuve tiempo para todo y no me dio tiempo a nada; me quedé con la miel en los labios pero pude observar, convivir, rezar, servir, recibir, reír, llorar. Lo mejor de este país dividido en pequeños «países» por una larga secuela de dominio, marginación y sufrimiento. Me dio tiempo a fundirme en cada uno de ellos y observar bajo los distintos prismas su compleja realidad humana. Desde el amor que le profeso a esa tierra y a sus habitantes y sobre un tema en el que siempre he estado vinculado, me gustaría exponer algunas conclusiones:

Con casi dos veces y media de la superficie española, y con algo más de veintisiete millones de habitantes, Perú se extiende a lo largo del Pacífico, surcado por los Andes. La niña de los ojos del imperio español hoy no es ni la sombra del esplendor que en ella

quisieron ver los insaciables colonos.

Chabuca Granda seguirá cantando, los vales seguirán sonando como un símbolo de una cultura que se apodera y, agónicamente, asfixia a las demás. Los vales y el resto de la música criolla son las expresiones por donde revienta la terrible tragedia que hoy se vive en todo el continente americano; más allá del hambre y la miseria, el destierro y la aculturación que aliena y que desprovee de la dignidad a las personas.

Hoy parece que no hay tiros en las calles, que la violencia física se ha frenado, que, quizá por un tiempo, ha vuelto la «paz», esa maravillosa palabra que cada uno de nosotros utilizamos cuando nadie nos molesta y podemos vivir en nuestra tranquilidad burguesa, indiferentes de lo que le ocurre a nuestro próximo; quizá, para el serrano peruano, el pequeño campesino y todos los oprimidos que un día decidieron dejar sus tierras y embarcarse en una aventura de rebeldía armada, haya sido mejor dejar el fusil por el arado, seguramente era mejor luchar en otro frente, aunque a sabiendas de que siempre se tenían las de perder.

Después de estar tres años seguidos creciendo al 7%, la economía peruana se halla en niveles de renta per cápita del año sesenta y uno. Como en otros países de

su entorno, la clase media es escasa y existe una ingente cantidad de personas, la denominada subclase, que viven de pequeños trabajos esporádicos, vendiendo informalmente, afiliándose a mafias... contrastes por doquier, miseria y grandeza, quechuas y coca-cola, Machu-Pichu y Lima, pero el peor, el originario de la mayoría de las demás contradicciones de la sociología peruana es «criollo blanco versus mestizo o indio no-blanco».

Conquistados y sometidos por los europeos (en este caso eran españoles, pero me consta que los «hijos de la Gran Bretaña», portugueses, holandeses, franceses... no tuvieron mejor dicha), los quechuas y demás pueblos precolombinos de Perú, vivían en procesos de civilización anterior al de las civilizaciones hidráulicas de Mesopotamia y Egipto de la cultura occidental: no conocían la escritura ni la rueda pero eran excelentes arquitectos, tenían un sistema en el que la división del trabajo estaba bastante avanzada y tenían una acusada jerarquización social. En esta situación el choque frontal con otra civilización produjo innumerables secuelas, de todos conocidas: despojamiento, esclavitud, desarraigado... Los colonos tomaron el control sobre la tierra y los medios de producción, sustentados por un sistema legal que consagraba esta separación. De poco

servieron los ejemplos de las Reducciones de los jesuitas, las denuncias de De Las Casas, de Monseñor Romero, del padre Ellacuría y los demás santos que se pasan la vida dándola por los pobres del Evangelio. En la independencia las clases populares, los indios, mestizos y demás mezclas lucharon para conseguir algo más de libertad y mayores posibilidades de ascenso social. Al final, como casi siempre en la historia, los que mejor estaban acabaron por legitimar su supremacía, aunque ahora quedó claro que la cuestión para lograr estatus no sería la familia: era el tiempo del capitalismo, del dinero, del tanto tienes (sea de la raza que seas, derecho o traidor, ignorante o sa-

bio, generoso o estafador) tanto vales etc., etc.

Ahora, después del quinto centenario, después de muchas dictaduras de civiles, militares y japoneses, después de reformas agrarias que consiguen acabar con la producción agrícola, después de apagar con sangre un sendero luminoso de muerte..., los «Perúes» siguen cada uno por su camino. Los de arriba con la informática, el diseño por ordenador, las telecomunicaciones, su complejo de inferioridad ante lo europeo o americano del norte; los del medio, los «cholos» (mestizos), luchando por llegar a ser un «pituco» (blanco), por bailar «chicha» (música mestiza), por seguir viviendo; los indios, los

quechuas de toda la vida, son los que lo tienen más difícil: Cuzco, su patria, está invadida por los turistas, sus tierras incomunicadas, sus cultivos infravalorados y la muerte llevada en avionetas para que otros se aprovechen de una lacra que tiene sus raíces en los picos más altos de la Sierra Andina.

Pero siempre hay motivos para la esperanza; encarnados en medio de todo y de todos, está el grupo de misioneros, de cooperadores, de frailes, de laicos que lo han dejado todo y que trabajan a lomo lleno por la Paz (ésta, por supuesto, sí es con mayúscula). Ellos llevan la antorcha en un país donde cuesta mucho trabajo encontrar algo de luz. **A**